



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

EL CARRANCISMO Y LA CONSTITUCION DE 1917

Por Jorge Vera Estañol

¿Cómo es posible —preguntan con frecuencia americanos sensatos— como es posible que esa Constitución y ese gobierno bolchevique, bajo los cuales yace oprimido el pueblo mexicano, hayan sido impuestos por un puñado de aventureros a quince millones de habitantes?

No es raro que dos facinerosos, pistola en mano, detengan en este país a un largo convoy, roben los valores del expreso, obliguen a doscientos o más pasajeros a levantar las manos, los despojen del dinero y alhajas que llevan consigo y nadie de las víctimas se atreva a resistir. Tal es en grande escala el caso de México.

Pero —se contesta— en los asaltos a los trenes, los viajeros son cogidos por sorpresa, no tienen armas u oportunidad de usarlas, y entre la vida o la bolsa, prefieren perder esta última; mientras que el pueblo mexicano lleva cinco largos años de estar sometido a la opresión y ha tenido tiempo suficiente para responderse de la sorpresa y armarse.

Tiempo sí; oportunidad ninguna. Durante ese largo lapso, fuera de los Estados Unidos no ha habido otro emporio donde surtirse de parque y armamento; mas las proclamas del gobierno americano, llamadas de neutralidad, han tenido el efecto de armar hasta los dientes a la casta carrancista y dejar *inermes* al resto de la sociedad mexicana.

Y a esta extraña e inexplicable política han sido parte el concepto erróneo que el jefe del gobierno americano ha tenido de los problemas de México y el todavía más erró-

neo concepto de que dichos problemas puedan resolverse por medio de la intervención.

El descontento general y la revuelta en todo el país, a principios de 1913, anunciaban que el régimen de Madero, falto de autoridad, infiel a sus principios y minado por intrínseca anarquía, estaba al caer, porque los gobernantes habían abierto un abismo entre ellos y los gobernados.

Ni el levantamiento de Tacubaya, ni la traición de Huerta al gobierno maderista fueron causa determinante del derrumbamiento de éste; sólo lo precipitaron.

Bien informado de lo anterior estaba el gobierno americano por las cartas y telegramas de su embajador en México, Henry Lane Wilson, que parcialmente fueron publicadas en los meses de agosto y septiembre de 1916. En dicha correspondencia el Embajador refiere que las condiciones políticas y económicas de México van de día a día de mal en peor —razón por la cual numerosas unidades de la escuadra americana fueron enviadas a los puertos del Golfo de México, particularmente Veracruz; que durante los diez días de combate que hubo en la ciudad de México, a consecuencia del levantamiento de Tacubaya, el Cuerpo Diplomático se reunió, y convino en bien de la paz, que debía solicitarse la renuncia del Presidente Madero, porque su gobierno estaba desahuciado; que el Ministro Español fué designado por dicho Cuerpo para que se acercara a Madero y le recomendara la conveniencia de su renuncia y de la del Vice-presidente; que cuando Huerta puso presos a ambos funcionarios, el Embajador Americano lo invitó, así como a Félix Díaz, jefe de los rebeldes, a reunirse en el edificio de la embajada, a fin de convenir en la organización de un gobierno provisional que se hiciera cargo de la situación y convocase en breve término a elecciones presidenciales, con objeto de volver a un gobierno normal electivo, pues de otra manera el de los Estados Unidos se sentiría compelido a adoptar medidas drásticas; que, reunidos Huerta y Félix Díaz, convinieron en que el primero, mediante la sanción del Congreso federal y de acuerdo con las formalidades establecidas por la Constitución, asumiría la presidencia provisional, procedería a la inmediata pacificación del país y convocaría a elecciones presidenciales, y como no se tenía confianza en que Huerta cumpliera sus compromisos, se designó un grupo de hombres independientes, que integrara su gabinete, ninguno

de los cuales era partidario, ni siquiera simpatizador de Huerta.

El Embajador Americano dió seguridades verbales de que si el gobierno provisional quedaba organizado en la forma prevista, obtendría el reconocimiento de los Estados Unidos.

El Presidente Madero y el Vicepresidente Pino Suárez presentaron su renuncia, la cual de acuerdo con la Constitución, les fué aceptada casi por unanimidad, pues solo hubo cinco votos en contra, siendo de advertir que los miembros de dicho cuerpo eran en su mayoría maderistas.

De acuerdo también con la Constitución, el Secretario de Relaciones se hizo cargo de la Primera Magistratura, designó a Huerta Ministro de Gobernación y presentó su renuncia. Igualmente aceptada ésta por la misma Cámara, ante dicha asamblea y con su sanción Huerta prestó entonces la protesta como Presidente Provisional.

La opinión consciente, no menos que el sentimiento general, vieron con favor el nuevo orden de anarquía y agitación y confiaba en que, con el gabinete designado, el gobierno sería capaz de volverle la perdida tranquilidad sin perjuicio de convocar a elecciones.

La Suprema Corte de Justicia reconoció la constitucionalidad del nuevo gobierno; todos los Estados de la República le protestaron lealtad, a excepción de los de Sonora y Coahuila cuyas autoridades se levantaron en armas.

Por lo que a Sonora atañe, es, sin embargo, oportuno citar las siguientes significativas frases de Alvaro Obregón, el más connotado de los rebeldes sonorenses, pronunciadas en la convención carrancista de México del día 5 de octubre de 1914: "Nuestra bandera de revolucionarios dice "cons-ti-tu-cio-na-lis-mo", y nuestros hechos afirman lo contrario "an-ti-cons-ti-tu-cio-na-lis-mo". Si porque somos constitucionistas fuéramos a respetar la constitución, habríamos tenido que reconocer a Huerta, puesto que el Congreso lo había reconocido y la Constitución así nos lo mandaba". (*El Liberal*, México, 6 de octubre de 1914.)

En cuanto a la actitud del Estado de Coahuila, su entonces Gobernador, Venustiano Carranza, se dirigió oficialmente al Secretario de Gobernación del gobierno de Huerta, manifestando su deseo de someterse. En telegrama de 25 de febrero de 1913 dice lo siguiente: "Para coadyuvar al restablecimiento de la paz en la República y solucio-

nar la delicada situación de las relaciones existentes entre el Gobierno Federal y el de este Estado que pudiera originar un conflicto, me permito proponer a ud. una conferencia telegráfica para el día y hora que ud. se sirva fijar.”

Tan general era esta disposición de los ánimos, que Luis Cabrera, maderista radical y hoy Secretario de Hacienda de Carranza, dirigía de Nueva York a *El Imparcial*, de México para su publicación la carta de 5 de marzo de 1913, en la que dice: Opino que los elementos personalistas del maderismo deberían cesar en su resistencia, pues es un esfuerzo inútil después de la muerte del Sr. D. Francisco I. Madero y del Lic. D. José María Pino Suárez. Los elementos renovadores que nunca fueron personalistas, con mayor razón deben aceptar los hechos consumados, sin tratar de enmendarlos tomando la situación actual como el punto de partida para sus futuros trabajos dentro de las vías constitucionales, procurando el pronto restablecimiento de las libertades, pero absteniéndose de obrar hasta conocer los programas políticos de los nuevos hombres sobre administración de justicia, autonomía municipal, reclutamiento militar, reformas agrarias y demás ideales renovadores.

No es por tanto aventurado afirmar que, si el gobierno americano hubiese reconocido a Huerta como Presidente provisional, en la inteligencia de que en breve plazo tendría lugar la elección de Presidente definitivo, la revolución habría muerto en su cuna y bajo la presión y acción concurrentes de todas las fuerzas vivas del país, Huerta habría tenido que convocar a elecciones, y el orden y la ley habrían quedado en corto lapso restablecidos.

Pero al ocupar a la Casa Blanca el nuevo presidente electo, Woodrow Wilson, adoptó una política radicalmente opuesta a la que aconsejaban las circunstancias: se arrogó el derecho de intervenir en los asuntos domésticos de México y se hizo el propósito de experimentar allí su ideal político.

Su ideal —a creer al pié de la letra cuanto ha dicho y a ignorar tal cual claudicación al respecto de Perú, Santo Domingo, Haití y el propio México— se cifraba en ver realizada en todas las naciones del mundo la soberanía del pueblo, porque “un gobierno justo descansa siempre sobre el consentimiento de los gobernados y no puede haber libertad sin orden basado en la ley y en la conciencia pú-

blica" (telegrama circular de 12 de marzo de 1913, dirigido por el Departamento de Estado de Washington a todas las naciones latino-americanas); por pueblo entendía no precisamente a "los de arriba" sino más bien a "las capas inferiores", pues no podría "citársele un ejemplo en toda la historia del mundo en que la libertad haya sido otorgada desde arriba" y "a la libertad siempre se llega por las fuerzas que laboran desde abajo, en las capas inferiores" (entreviú dada por el Presidente Wilson al *Saturday Evening Post*, el 23 de mayo de 1914); creía firmemente en que "cuando un gobierno demuestra ser inconveniente a la vida de su pueblo, éste tiene el derecho de alterarlo o abolirlo por los medios que le plazcan" (discurso del Presidente Wilson, pronunciado en Columbus, Ohio, el 11 de diciembre de 1915); y los Estados Unidos, "campeones del gobierno libre y de la soberanía nacional en ambos continentes de este hemisferio" (discurso del Presidente Wilson, pronunciado en el Hotel Waldorf, Nueva York, el 26 de enero de 1916), "no pueden simpatizar con aquellos que pretenden asir el poder del gobierno para ventaja de sus propios y personales intereses o ambiciones". (Telegrama circular arriba citado).

Y hablando más concretamente de su apreciación sobre las causas y orígenes del problema mexicano, agrega el propio Wilson: "el desenvolvimiento económico de México lo han llevado a cabo las concesiones y la explotación de las tierras fértiles de la República por un número muy reducido de propietarios, que han acumulado bajo un solo título cientos de miles de acres y reducido a la mayor parte del país a una especie de peonaje" (entreviú del Presidente Wilson, publicada en el *Ladies Home Journal*, de octubre de 1916); "nadie demanda allí el orden para ayudar con él a que las masas del pueblo obtengan una parte de sus derechos y de sus tierras, sino que todos lo reclaman para que los dueños de vastas propiedades, los grandes señores, los hidalgos, los hombres que han explotado el país por razones egoístas, puedan continuar sus procedimientos imperturbados..." (entreviú ya citada, de 23 de mayo de 1914); "al ochenta y cinco por ciento del pueblo jamás se le ha dado la oportunidad de tener alguna participación genuina en su propio gobierno o de ejercer los derechos substanciales que se refieren a la propiedad de la tierra en que ha vivido. Todos los derechos que más anhelan los

hombres, han sido ejercidos por el otro quince por ciento" (discurso de Wilson pronunciado en el Independence Hall, el 14 de julio de 1914); los que demandan... el orden, quieren... el orden viejo, pero... el orden viejo está muerto" y a Wilson —según sus palabras— "le toca ayudar a ajustar las disensiones hasta donde pueda y en tal forma que el nuevo orden ha de tener sus fundamentos en la libertad y en los derechos humanos" y "quienes de facto (el gobierno provisional de Huerta) ejercen la autoridad del gobierno, deben ser desposeídos de ella para que México pueda realizar sus destinos manifiestos", interviniendo arriba citada, en el *Saturday Evening Post*) "y entonces, cuando llegue el fin, esperamos ver restituido el orden constitucional en el infortunado México por el concierto y energía de aquéllos de sus jefes (los carrancistas) que prefieren la libertad de su pueblo a las propias ambiciones". (informe presidencial rendido el 2 de diciembre de 1913, ante el Congreso de los Estados Unidos.)

Del resultado de semejante experimento social, no ha de ufanarse el Presidente Wilson.

Pretendió éste asentar el poder público mexicano sobre el consenso de los gobernados y desterrar para siempre los gobiernos apoyados en la fuerza; y la administración carrancista ni ha conocido más sufragio que el de sus propios sectarios, ni subsiste sino por los 100,000 hoplitas que engullen las cuatro quintas partes de todos los ingresos federales.

Quiso Wilson suprimir la oligarquía de las antiguas clases directoras y transferir los negocios públicos al ochenta y cinco por ciento de braceros y analfabetas; y bajo sus auspicios ha asaltado el poder la más baja de las oclocracias, algo menos que un uno por ciento de la nación, con sistemática exclusión de todas las clases sociales, educadas o iliteratas, ricas o desheredadas.

Propúsose Wilson ensayar al sur del Bravo una democracia utópica y radicarla en multitudes sub-civilizadas; y ha visto entronizarse el absolutismo de un solo hombre, en cuyas manos irresponsables pone la neoconstitución la hacienda de los gobernados, y a quien, contra los mandatos de esa neoconstitución su casta ha entregado la facultad de legislar, y con ella la potestad, no conocida en ninguna democracia, de establecer y alterar impuestos sin el consentimiento de la comunidad; una autocracia que si no

tiene límites para hacer el mal, ha sido en cambio impotente para evitarlo en las veintiocho satrapías de los Estados, calcadas sobre el mismo modelo.

Intentó Wilson plantear el reinado de la igualdad, la justicia y la libertad, divirtiendo el gobierno en los ciudadanos armados; y sólo engendró dos castas, la de los improvisados eupatridas, asesinos, plagiarios y ladrones salidos de las cárceles, y la de los parias, ésta sujeta a todos los atentados y humillaciones, aquélla investida de todas las prerrogativas y derechos, y por cada opresión, por cada despojo, por cada desigualdad de los tiempos pasados, Wilson ha visto surgir impasible miles de violencias, miles de expoliaciones, miles de iniquidades, bajo el reinado de sus favoritos.

Soñó Wilson en hacer la felicidad de las clases desvalidas y crear un México nuevo, y sólo ha logrado que el carrancismo las hunda más en la miseria, la abyección y la ignorancia, y lleve a cabo sin tregua ni reposo la destrucción de cuanto de cultura y progreso había acumulado el país.

Empero, el más ecuánime comentario que caber pueda a la política mexicana de Woodrow Wilson, Presidente, es la crítica de Woodrow Wilson, historiador, emitida con respecto al período llamado de reconstrucción, que siguió a la emancipación de los esclavos al terminarse la guerra separatista en los Estados Unidos.

Perdóneseme en gracia de la imparcialidad, lo extenso de la transcripción.

Dice así el historiador Wilson:

“Los negros constituían la mayoría de los sufragáneos (de los Estados del sur), pero el poder político no les trajo ningún beneficio. Pulularon aventureros del Norte para engatuzarlos, engañarlos y aventajarse de ellos. Estos hombres, verdaderos desastrados (“carpet-baggers”) en su mayor parte, que nada traían consigo ni nada tenían que traer, salvo una muda de ropa y sus habilidades, se convirtieron en los nuevos amos de los negros. Ganáronse la confianza de éstos, obtuvieron para sí los puestos más lucrativos, y vivieron sobre el tesoro público, los contratos oficiales y las facilidades en el manejo de los negocios. No hubo para los negros más que una que otra eventual adjudicación de tierras abandonadas o caducas, la paga de empleos de menor cuantía, una pensión diaria que recibían

los miembros de las convenciones y de las legislaturas de los Estados, de todo lo cual hacían negocio los nuevos amos, o los salarios de criados en los varios servicios de la administración. Su ignorancia y credulidad hizo de ellos fácil presa. Algún pequeño favor, un miserable estepedio, una ridícula propina, un jirón de tierra pobre, una moneda, los satisfacía o acallaba. Por lo demás, bastaba halagar sus pasiones. Con facilidad se les enseñaba a odiar a los hombres que en otro tiempo los habían tenido en la esclavitud y seguir ciegamente al partido político que había emprendido la guerra de su emancipación.

“Pronto hubo tierras bastantes de que disponer, de las que les hacían insignificantes regalos, sin sacrificio de parte de sus nuevos amos... Para satisfacer a los aventureros se amasaron enormes deudas.

“Donde los nuevos gobernantes obraban con menores seguridad e inmunidad o con reducidos recursos a mano, las deudas crecían menos rápidamente, pero los métodos de expoliación fueron en donde quiera iguales y con el incremento de las deudas vino infaliblemente la desaparición de todos los ingresos para pagarlas...”

“Nadie podría dar las verdaderas cifras de la asolación producida. Las contribuciones y deudas de los Estados no bastaban a medirla. El aumento en los gastos y cargas de los condados y poblaciones, de los distritos escolares y ciudades, representaba una suma mayor aun que la de las ruinosas cantidades que habían sido estraídas de las tesorerías y habían gravado los recursos de los gobiernos de los Estados; y los hombres veían con sus propios ojos lo que estaba pasando a sus mismas puertas. Lo que quedaba en pié en las capitales de sus Estados, lo leían solo en los periódicos o lo oían referir en las conversaciones del arroyo, pero en cuanto a los negocios de sus aldeas y comarcas personalmente los miraban, corrompidos, desgobernados, objeto de viles abusos. Allí los mismos negros eran los empleados de las oficinas, hombres que casi no sabían firmar y que no conocían mas uso de la autoridad que la insolencia. Allí fué en donde la política de los líderes del Congreso hizo su obra perfecta de amedrentación, desmoralización descontento y revolución social.

“Nadie que pensara justa y benévola mente podría creer que este verdadero derrumbamiento de civilización en el sur había sido previsto o deseado por los hombres que ha-

bían seguido al señor Stevens y al señor Wade y al señor Morton en su política de gobierno o ruina. Ese puñado de líderes difícilmente podría sin embargo, exculparse del cargo de conocer y procurar las ruinosas consecuencias de cuanto habían proyectado. No quisieron hacer caso de los consejos de moderación, ni de los hombres del norte, ni de los del sur. Su determinación de poner a los blancos del sur bajo la férula de los negros del sur estaba a prueba de hechos y de razón. No conocían la región cuyos asuntos tenían entre sus manos. Algunos hombres del norte que sí la conocían, intentaron informarlos de la naturaleza de esa región y de los peligros y locura de lo que se estaba haciendo; pero ellos (los líderes del Congreso) rehusaron recibir informaciones, no les importaba saber nada, solo un objeto les preocupaba realizar a todo evento. Sus colegas, sus partidarios, muchos de ellos al menos, conservaron un criterio más sereno, un pensamiento más prudente, pero no pudieron dominar a aquéllos. También desconocían lo que era el sur. Sólo veían un estrecho camino hacia el futuro, no tenían manera de estimar los efectos de sus drásticos métodos sobre la vida y acción del sur, y aun carecían del conocimiento concreto de los hombres con quienes estaba tratando. No habían previsto que dar el sufragio a los negros y negárselo a los más aptos, que eran los hombres blancos, invertiría del poder político, no a los negros, sino a los aventureros blancos, a los enemigos de una raza tanto como de la otra."

"En esa época de pasión, no se habían detenido a explorar qué resultados sobrevendrían. Su objeto había sido dar al negro el poder político, a fin de que este defendiese sus prerrogativas, como defenderían las suyas los ciudadanos de cualquiera otra parte." (*A History of the American People*, Woodrow Wilson, Vo. V. pp. 46, 47, 49 y 50.)

¿No es abrumador el paralelismo?

En la nación americana, a la abolición de la esclavitud de los negros, demandada apremiantemente por la civilización y la humanidad, los hombres del norte, los líderes congresionales, ignorantes de la región esclavista, refractarios a los hechos y a la razón, renitentes a las informaciones y consejos de sus coterráneos y de los blancos del sur, habían aparejado el sufragio universal, sin otro fundamento que sus teorías sobre el gobierno propio. En la nación mexicana, Wilson, el hombre del norte, el líder de-

mocrático, ignorante de la idiosincracia del vecino del sur, negado a los hechos y a la razón, hermético a los informes y dictamen de sus compatriotas y de las clases directoras de México, había querido llevar la emancipación social y económica del proletariado ínfimo, en sí noble y humanitaria, al extremo utópico de investir a este ochenta por ciento del censo nacional con la prerrogativa exclusiva del poder político.

En el Sur de los Estados Unidos pulularon los aventureros desarrapados, para engatuzar y engañar a los negros; se apoderaron de los puestos públicos, vaciaron las tesorerías, contrajeron enormes deudas, se hicieron de los contratos públicos y produjeron la ruina del sur, y para contentar y acallar a los libertos, otorgáronles insignificantes lotes de tierra, empleos de ínfima categoría en la administración y tal cual mezquino favor y aun halagaron sus pasiones, despertando en ellos el odio contra sus antiguos amos. En México, también hormiguearon los aventureros, hombres sin arraigo, ni patrimonio, enemigos del saco de vestir, del sombrero de ala corta, descamisados y aun descalzos muchos de ellos, criminales de presidio en gran número, que atraparon los puestos de autoridad, pillaron los fondos públicos, privados y religiosos, plagiaron y asesinaron por sistema, destruyeron ferrocarriles, fábricas y plantíos y a falta de pan y trabajo para el ochenta por ciento redimido de la servidumbre, predicaron y encendieron al rojo blanco el rencor de clases.

En la nación americana, los líderes del Congreso, dando el sufragio a los negros y quitándolo a los blancos, invistieron del poder político, no a esos negros, sino a los aventureros, a los enemigos de una raza, tanto como de la otra. En la nación, mexicana, la política de Wilson, encaminada a excluir del poder a las clases directoras para reservarlo teóricamente al ochenta por ciento de proletarios analfabetas, semi-civilizados, incapaces de gobernar su propia aldea, tuvo por resultado, no que esos proletarios ejercieran autoridad, sino que ésta quedara en manos de los aventureros, los cabecillas de los "ciudadanos armados", los enemigos tanto de las clases gobernadas como de las directoras, con la terrible agravante de que, al reconocer el Presidente Wilson a Carranza como gobierno de facto, proveyó a la facción de aventureros, junto con la patente de impunidad, armas, parque y municiones de guerra, mien-

tras que entregaba inerme y maniatado al noventa y nueve por ciento de los mexicanos.

Si pensando benévolamente, se hace duro creer que tal derrumbamiento de la civilización en México fuera previsto o deseado por el Presidente Wilson, "éste de ninguna manera podría exculparse del cargo de haber conocido y procurado las desastrosas consecuencias de su política".

El error del Presidente Wilson no ha consistido, como se ve, en lo que de generoso tiene su ideal político. Donde ha radicado el error —ese sí capital— ha sido en creer que los problemas mexicanos pueden ser mejor resueltos por un gobierno exótico que por los mismos nacionales.

Cualquier tentativa de intervención, ya siga los lineamientos señalados por el Presidente Wilson, ya se aparte de ellos, traerá nuevos fracasos, y quizás mayores.

Si ha de ser diplomática, como en general ha sido hasta aquí con una que otra demostración marcial, siempre claudicará por el desconocimiento de ideas, sentimientos, hábitos, tradiciones, historia, cultura y razas, propios del pueblo mexicano, y no hará más que atraer desprestigio e impopularidad hacia el grupo político al que dicha intervención apoye.

Si ésta ha de ser armada, a los males anteriores añadirá otros gravísimos, pues contra ella se levantará el sentimiento nacionalista, más fuerte que el de facción, la solidaridad de raza protestará en toda la América latina, y no es dudoso que las clases trabajadoras en los Estados Unidos, ya ahora muy descontentas, verán en tal intervención la mano del capitalismo imperialista.

El bolchevismo en México estaba en minoría en 1917 —como confesara en la asamblea de Querétaro el diputado bolchevique Machorro Narváez; los intelectuales, los capitalistas, los industriales, los empleados, la clase media en general y buena parte de los obreros eran hostiles a la facción dominante, según la confesión del mismo Machorro Narváez. Ahora esa minoría está aún más reducida, pues de ella han desertado los muy pocos jefes honrados con que contaba, y sobre todo, las clases trabajadoras de ciudades y campos a quienes la experiencia dolorosísima de dos años y medio de miserias y humillaciones ha demostrado que la revolución carrancista nada tuvo, ni es capaz de tener de generoso o constructivo.

Muchos y muy valiosos son, por tanto, los elementos

netamente nacionales que anhelan extirpar el bolchevismo carrancista, incluyen por igual a las clases directoras y a las dirigidas; sin más excepción que los jefes militares y demagogos, que ocupan puestos prominentes en el gobierno federal, en los Estados y el ejército y que sólo van tras el logro de su insaciable apetito de riquezas.

Si la casta, hoy adueñada del poder, perdiera el apoyo moral y material que le ha estado prestando el gobierno de los Estados Unidos, la nación mexicana no hallaría ya el obstáculo, que hasta ahora se ha opuesto al logro de sus verdaderas aspiraciones, y podría, por sí sola, restaurar la Constitución de 1857, plantear las reformas que el consenso general demanda en materia de trabajo, tierra, educación, justicia y prerrogativas políticas, y constituir un gobierno serio, estable y progresista, capaz de cumplir sus deberes nacionales e internacionales.

Tal es la política que la conveniencia, el derecho y la humanidad de consuno señalan a los Estados Unidos en sus relaciones con México. Puede condenarse en una sola palabra:

“No-intervención.”

Los Angeles, Calif., 12 de noviembre de 1919.

Al margen de la Constitución de 1917. Capítulo XVII, pp. 229 a 251.—Woyside Press-Los Angeles sf.